

**El capitán Hyx me invita a comer.**

**N**ADIE me había obligado a venir hasta aquel lugar maldito de nuestro infierno submarino y nadie me impidió huir de él, y empujado en cierto modo por el mismo horror que se me había revelado, fué como me encontré en el salón de la cena.

El furor que sentía contra mis impasibles compañeros, el desprecio que me inspiraban, así como la rabia desesperada que me causaba el no poder comprender, no hicieron más que aumentarse cuando después de atravesar el desierto comedor penetré en el salón de fumar, en el que se hallaban una veintena de aquellos individuos entregándose a las dulzuras del *baccarat*.

Von Busch tenía la banca; la partida parecía de las más animadas; sobre la mesa había billetes y botellas de champaña.

Allí se encontraban los jóvenes de muletas, en pie detrás de los jugadores, arrojando de vez

en cuando un billete y dando su opinión sobre las jugadas.

Como era natural, se produjo una discusión sensacional sobre una jugada que hizo saltar la banca de von Busch, el cual fué reemplazado por su inseparable amigo von Freemann.

Yo tenía los ojos fuera de las órbitas. Creo que hice oír un sordo rugido (en la incapacidad en que me encontraba para expresarme de otro modo). Lo cierto es que Buldeo se acercó a mí y cogiéndome bajo el brazo me hizo salir de la estancia con autoridad.

—Venga el señor conmigo... ¡Venga!... ¡Ahí tiene usted lo que yo me temía!...

—¡Condúzcame en seguida junto a la señora del almirante von Treischke!—exclamé.

—No es ésta hora en que reciba la señora almiranta— me replicó Buldeo, que parecía muy enojado, y, por otra parte, el señor no está en condiciones de ir a visitarla. Es preciso que el señor reflexione. Es preciso que vea al doctor... El doctor le dará buenos consejos al señor... El señor no debería ocuparse más que de lo que le concierne... ¿Por qué ha ido el señor al espectáculo?...

En este momento pasaba yo ante una puerta entreabierta, tras la que reconocí el salón en que me había recibido Amalia, y me precipité en su interior, llamándola por su nombre de pila como en otro tiempo. En los momentos de dolor se olvida la etiqueta. Pero ninguna voz me contestó. Abri sucesivamente todas las puertas del departamento: ¡el departamento estaba vacío! Entonces le miré a Buldeo.

—Sí—me dijo con tristeza aquel dulce hombre.— Sí. En vano buscará usted aquí a la señora del almirante von Treischke y a su familia: *¡el teniente Smith ha venido a buscarla de parte del capitán Hyx!...*

¡Yo ya no pude oír más! ¡Ahora sabía lo que se hacía con los desgraciados a quienes el teniente Smith venía a buscar de parte del capitán Hyx!...

Giré sobre mí mismo y Buldeo me recibió en sus brazos. Debo decir sin demora, por lo demás, que Buldeo me prodigó las mejores palabras susceptibles de devolverme el gusto por la vida; por ejemplo, me confió que *por lo que él sabía del programa del día aún no debía haberle ocurrido ninguna desgracia a la señora del almirante... y que podía estar tranquilo por lo menos hasta el día siguiente por la noche...*

A la vez que me comunicaba estas confortables noticias me llevó a mi cuarto, en donde encontré, colocada en sitio visible sobre el velador, una carta dirigida a mí: "Señor Carolus Herbert, del país neutral de Gutland (Luxemburgo), a bordo del *Vengador*." ¡A bordo del *Vengador*! Así, pues, he aquí lo que significaba esa V que encontraba yo por todas partes... Después de todo lo que había sabido, la palabra me hubiera asombrado menos de no hallarse escrita en francés. Rompí el sobre temblando: era una invitación para comer a la mañana siguiente que me enviaba el capitán Hyx.

.....  
El primer rostro que descubrí cuando a me-

diodía del día siguiente los criados me abrieron las puertas del famoso comedor del *Vengador*, fué el rostro alegre y radiante de mi Amalia. Las melancólicas sombras que tantas veces la habían asaltado desde su matrimonio, parecían haberse disipado para siempre. Semejante transformación no me pareció natural y en el acto me imaginé que la señora almiranta afectaba sentimientos ficticios destinados a mejorar una situación que, creyera lo que creyese, seguía siendo a sus propios ojos por lo menos amenazadora.

Si hubiera conocido la terrible desgracia sobreenvenida al tío Ulrich, ¿en qué abismo de desesperación no habría caído?

¡Dios mío! ¡Y se reía!

¿Y con quién se reía? ¡Con Dolores!...

Sí; inmediatamente reconocí la deliciosa cabeza de Nuestra Señora de Guadalupe, que se inclinaba hacia Amalia y le devolvía sonrisa por sonrisa.

Ciertamente, daba gloria verlas a las dos al extremo de aquel diván en que se hacían carantoñas, y tanto encanto y juventud cambiados entre uno y otro semblante con tan radiante cortesía, eran a propósito para reanimar un corazón como el mío, tan horriblemente inquieto.

¡Ay! ¡Aun entonces no pude por menos de estremecerme!

¡Trampas! ¡Trampas! ¡Eternas trampas de este navío infernal!...

¿No había yo visto aquella boquita escarlata de la lánguida y amable Nuestra Señora de

Guadalupe crispase en torno a ciertas palabras amenazadoras para la señora almiranta?

Al descubrirme, Amalia se ha levantado y amablemente se acerca a mí con la mano tendida.

—Venga a que le presente—dice.

—Conozco a la señorita—dije yo con tono algo seco, después de haberme inclinado muy correctamente, sin embargo, ante Dolores—. A ella ha sido a quien me dirigí en mi desgracia y ella fué la que me entregó a la brutalidad de los marineros.

—¿Cómo! ¿De veras?—suspiró Dolores con un aire cándido que hubiera desarmado a otro que no fuera yo—. *Es una cosa inaudita* (1). Y ¿por qué le han tratado brutalmente, señor?

—¡Para encarcelarme!—repuse yo con el aire más frío y más solemne.

—¿Para encarcelarle?—exclamó Dolores echándose a reír—. Pero ¿es que no estamos todos encarcelados?...

—Mi amigo Herbert de Renich—dijo Amalia con su sonrisa más animadora (sin duda quería que Dolores y yo hiciéramos las paces)—, mi amigo es un mortal muy susceptible. Lo que por lo demás es muy comprensible, puesto que es neutral. ¡No quiere saber nada de guerra, ni de prisioneros, ni de rehenes! ¡No por eso ha dejado de comprometer su neutralidad para venir en mi auxilio! Por mí se ha colocado en la eno-

(1) En castellano en el texto.

josa situación de que le trataran brutalmente y le encarcelaran. Y eso no lo olvidaré yo nunca. Pero, a decir verdad, querido Carolus, "puesto que cárcel tenemos, irreconozca que las hay menos magnificas!"

Y al decir esto me indicaba con un gesto extasiado todos los esplendores de aquel salón, en el centro del cual se hallaba colocado un suntuoso servicio.

Pero con voz sorda y el ceño tan fruncido que ella cambió en el acto de expresión, yo le repliqué:

—¡Amalia! ¡Mejor quisiera verla en un calabozo de la cárcel común de Luxemburgo!

—¡No vaya usted a empezar otra vez a ponerme mala con sus historias!—exclamó entonces ella con una cólera sincera que me destrozó el corazón—. ¡Si ha venido usted aquí para quitarme el valor, hubiera sido mejor que me hubiese abandonado a mi misteriosa suerte!

—La señora almiranta tiene razón—asintió Dolores, haciéndome señas para darme a entender que hacía mal en alarmar así a una pobre mujer—. Cierto es que está prisionera de guerra y fuera de las leyes de la guerra. Pero yo conozco al capitán Hyx: es un hombre demasiado galante para no tratar a un rehén como la señora del almirante von Treischke con todos los honores debidos...

—¿Y al profesor Ulrich von Hahn?—exclamé yo. (A pesar de mi resolución de no decir aún nada de lo que sabía, no podía contenerme. Esta Dolores acababa por exasperarme con su

galante capitán Hyx y con su aparente dulzura para una mujer cuyo cautiverio había acogido con una alegría feroz.)—¿Es que al profesor von Hahn se le trata también con todos los honores debidos a su rango?..

—¿Por qué no?—replicó Dolores con aquella cándida expresión que acababa por impresionarme seriamente.

Pero no tuve tiempo de entrar en ninguna explicación, porque mientras tanto un criado anunció al capitán Hyx, el cual hizo su entrada.

## XVI

**El capitán Hyx.**

EL capitán Hyx tenía sobre los ojos un antifaz de terciopelo negro. Era un hombre de estatura ligeramente superior a la media, de andar firme y elegante a la vez, a pesar de que tenía una ligera tendencia a la gordura.

El óvalo de su rostro era distinguido: la boca, fina; la barbilla debía haber sido en la plenitud de su madurez de un perfil bastante "autoritario"; pero ahora sus líneas estaban algo borradas.

Bajo el antifaz adivinábase un perfil recto, firme, estético. Las miradas que atravesaban los agujeros del antifaz no tenían nada de fulgurantes. Eran más bien amables, o por lo menos tal me parecieron a mí en aquel momento.

Podía decirse del capitán Hyx que era *todavía* un hombre muy guapo. La doble voluta de su espeso cabello, armoniosamente dividido por una raya central, apenas empezaba a tornarse gris.

No tenía nada de lo que yo esperaba encontrar en el director de una obra tan formidable como la que había encerrado en los flancos del *Vengador*.

Sí; yo me esperaba necesariamente algo de fatal, de teatral incluso. Mas este hombre, de no haber tenido su máscara, me hubiera parecido, sin duda, el más sencillo de los anfitriones.

Además, lo primero en que pensó después de habernos dado la bienvenida, fué en excusarse por la necesidad en que se veía de llevar siempre sobre los ojos aquel negro antifaz que le daba, según decía él, un aire muy ridículo.

—Parece siempre que estoy disfrazado y que represento una comedia en Venecia. Pero ¿qué quieren ustedes?... No he encontrado otro modo de disimular suficientemente mi rostro de tal suerte que no se me reconozca... No es éste el menor suplicio que se me ha infligido entre otros muchos—añadió con un tono de plácida melancolía—; *¡pero yo no tengo derecho a ser reconocido por nadie!*

Me dió a mí las gracias por haber aceptado su invitación, y se excusó por la necesidad en que se había visto de alojarme con los prisioneros ordinarios; pero me confesó que por el momento quedaba muy poco sitio a bordo del *Vengador*. Al mismo tiempo me hizo saber que la señorita Dolores, que era la misma bondad personificada, no había vacilado en sacrificar la mitad de su departamento para que la señora del almirante von Treischke pudiera alojarse allí

con sus hijos, lejos de la sociedad de los oficiales alemanes, "sociedad a menudo molesta", añadió dulcemente el capitán Hyx, y a veces "ruidosa".

—¿Pero el tío Ulrich podrá venir a vernos?—preguntó entonces Amalia.

—No veo ningún inconveniente en ello, señora—se le contestó.

Yo miré al capitán Hyx; no advertí en él ningún estremecimiento, ni el menor rubor bajo su antifaz, y sobre todo no dió muestras del menor embarazo.

Al mismo tiempo ofreció su brazo a Amalia para pasar a la mesa; yo ofrecí el mío a Dolores y nos pusimos a comer haciéndonos mil cortesías.

Para demostrarme a mí mismo que todavía era capaz de pronunciar algunas palabras seguidas sin demasiada incoherencia, aventuré un cumplido sobre el lujo del salón en que nos encontrábamos y sobre la distribución de nuestro navío submarino. A lo que Dolores, que parecía muy informada, repuso inmediatamente que el *Vengador* había costado doscientos millones.

—¿Doscientos millones?

—¡Doscientos millones!...

—Es usted muy rico, señor—dije yo simplemente.

—¡Oh!—repuso el capitán clavando la vista en su plato—. Tengo algunas rentas.

Advertí que había enrojecido levemente.

¡Doscientos millones! El doble de lo que cues-

fa hoy un *superdreadnought*... (1). Si este hombre que se hallaba frente a mí era lo bastante rico para permitirse semejante aparato, y si deseaba guardar para sí el secreto de su femible y lujosa fantasía, hacía bien en no mostrarse sin su careta, porque aún son muy raros en el globo los capitalistas de tamaña envergadura.

—¿Y sabe usted una de las razones por que ha costado tan caro?—preguntó aún Amalia, que decididamente ardía de entusiasmo por aquel *Vengador*.

—A fe que no lo sé—repuse yo—, pero espero, querida Amalia, que tendrá usted la bondad de decírmelo...

—Pues bien. Es que ha sido construido en seis meses, en las circunstancias más difíciles y en el mayor secreto... De hecho—añadió volviéndose hacia el capitán Hyx— una cosa es cierta, y es que nosotros no hemos sabido nada... ni siquiera mi marido, que, sin embargo, me decía: "Estamos al corriente de todo lo que se fabrica para los aliados en todas las partes del mundo; les es imposible guardar el secreto del invento más pequeño, y nosotros sabemos aprovecharnos de él, aun antes de que ellos hayan pensado en realizarlo..." ¡Y mi marido estaba bien colocado para saberlo todo! ¡No necesito decírselo a ustedes!

—¿Ha descendido usted alguna vez con su marido en un submarino, señora?

(1) Acorazado.

—Ya lo creo, capitán. Así, que comprenda usted la impaciencia que tengo por visitar éste, que es tan distinto de los otros.

—Verdad es que el *Vengador* es el doble más grande que el mayor de los submarinos de ustedes, y que se mueve casi enteramente por la electricidad.

—¿Tienen ustedes que volver a la superficie para coger aire?

—Tenemos aire comprimido en cantidad considerable, y podemos fabricar aire si queremos.

—¡Oh, capitán!—exclamó Amalia—. ¡Usted no sabe lo feliz que es!... En los nuestros, cuando el aire se caldea, se vicia y se mezcla al olor del aceite de la máquina. La atmósfera se vuelve terrible. Los recién embarcados experimentan a menudo un invencible deseo de dormir, y tienen que apelar a toda su voluntad para seguir despiertos. La historia de que en los submarinos no existe el mareo, es una patraña. Cuando hace mal tiempo, o nos encontramos cerca del enemigo *permanecemos* mucho tiempo sumergidos, de suerte que el aire es extraordinariamente malo. Todos los hombres, salvo los que están de servicio, reciben la orden de acostarse y permanecer absolutamente tranquilos, sin hacer nada más que las maniobras indispensables, pues todos los movimientos tienen por consecuencia que los pulmones absorban oxígeno, y el oxígeno debe economizarse! Es como el hombre sediento que en el desierto se esfuerza por no absorber su última gota de agua hasta el último momento posible. No puede encenderse

fuego, porque el fuego consume el oxígeno, y la potencia eléctrica de los acumuladores es demasiado preciosa para malgastarla en la cocina. Por lo tanto, teníamos que comer fiambres durante *nuestros* cruceros. Ya le he dicho a usted que a bordo de nuestros navíos no había comedor; incluso hay algunos que carecen de cocina. ¡Ah! ¡La vida no es en ellos muy divertida, querido capitán!...

¡Le llamaba "querido capitán"! ¡Y encontraba la vida divertida a bordo del *Vengador*! En cuanto a mí, no me estaba quieto en la silla, y miraba con consternación a Amalia, que sin dejar de charlar hacía los honores a una admirable frucha, cuya presencia en aquella mesa no me parecía el menor de los misterios que nos rodeaban...

—¡Oh, señora! —protestó amablemente el capitán—. ¿Hace mucho que no le ha conducido su marido a bordo de un submarino?

—Pero, capitán, mi última visita a Wilhemshaven data de dos meses antes de la guerra...

—¡Sí!... Pues bien, señora, *después de la guerra le pedirá usted a su marido* que le deje visitar los últimos navíos salidos de sus arsenales. Ya no los reconocerá usted... Y estoy seguro de que sus ingenieros habrán encontrado sitio para instalar una cocina y un comedor en los *semi-monstruos* que están en vías de construir. A decir verdad, no creo que se lleve en ellos una vida mucho más agradable, a causa del horrible olor de la máquina y del inmenso espacio ocupado por las provisiones y los combusti-

bles; pero, de todos modos, se podrá hacer asar una chuleta.

¿Había oído yo bien? *Después de la guerra le pedirá usted a su marido...* Estas sílabas, que no le habían causado ningún efecto a Amalia, a mí me aturdían. ¿Debería dejarme arrastrar por la prodigiosa esperanza que difundían en mí? ¿Sería verdad que Amalia no estaba amenazada? ¿O se burlaría cruelmente de nosotros el capitán Hyx, adormeciendo nuestra confianza, jugando con nuestra buena fe? ¡Formidables incógnitas!... ¡Peligrosa esperanza!... Se comprenderá fácilmente que después del espectáculo absolutamente excepcional al que yo había asistido, y que había terminado con la ablación de la lengua del tío Ulrich, yo no podía acceder a ser tranquilizado por nada.

He intentado hacer comprender los sentimientos que yo experimentaba sucesivamente frente a aquella singular silueta enmascarada, que *por el momento* no me resultaba demasiado antipática (ni lo bastante antipática, es cierto) a pesar de sus crímenes.

Os juro que en el minuto en que ofreció por ejemplo una inflamada rosa a Amalia, la cual había aspirado su aroma sonriendo, guardándose luego en su corpiño, difícilmente podría yo admirar que tan agraciada atención (la del capitán enmascarado) disimulaba el propósito más horrible.

¡Porque después de todo, nada le obliga a este hombre a ofrecer rosas, nada le obliga a invitar a nadie a su mesa!

¿Qué es lo que será este hombre?

Tiene el aspecto de un burgués muy *chic*, que intriga a una dama y algunos amigos en una cena después del baile de la Opera. Dentro de un momento va a quitarse la careta y nosotros nos echaremos a reír... *a no ser que nos haga conducir a su blanca clínica entre el Chino, el fotógrafo y el padre Latuile, del que yo no conozco todavía más que los rojos pies...*

¡Señor! ¿Cómo acabará todo esto?

¿A qué país, a qué raza [pertenecerá? Al principio he podido tomarle por un americano del Este; luego, reflexionándolo bien, por un inglés de los condados del Norte; después, por un español, pues ha hablado en español con una pureza y una facilidad que puede envidiarle Dolores. Aún no ha tenido ocasión de hablar en francés. Pero dentro de un momento le hablaré yo en francés y ya veremos cómo me contesta.

Amalia, sin sospechar lo que pasaba en mi interior, seguía sin interesarse por otra cosa que por los misterios científicos del *Vengador*, como si no hubiera otros más temibles que penetrar...

—Pero entonces—dijo—, ¿cómo se las arreglan ustedes para marchar casi en absoluto por la electricidad?... ¿Soy indiscreta?

—Sí; pero a las mujeres bonitas les está permitido todo—repuso el capitán—. Sólo que no la contestaré nada más que a medias... *Sepa usted tan sólo que a medida que nuestra electricidad nos suministra velocidad, nuestra velocidad nos suministra electricidad...*

—Pero en ese caso, ¿es que han encontrado ustedes el movimiento continuo?— exclamó Amalia, a la que rara vez había yo visto en un estado de excitación semejante.

El capitán Hxx movió la cabeza y contestó atrayendo la atención de las damas hacia un magnífico trozo de ternera asada, preparado como en una posada aldeana “por mi cocinera francesa”—dijo.

Yo me imaginé que debía tratarse de un sistema que utilizara el frotamiento de los flancos del navío con el agua; pero he de confesar que pensamientos demasiado angustiosos y que no tenían nada que ver con la solución de un problema puramente científico me impidieron profundizar en este misterio de mecánica.

Por lo demás, por lo que a esto respecta, estaba decidido a no asombrarme ya de nada, y aquellos de mis contemporáneos que han presenciado los rápidos milagros de la navegación submarina y aérea, milagros que contradicen cotidianamente las verdades científicas de la víspera, o por lo menos de hace diez años, se encontrarán a buen seguro en el mismo estado de espíritu que yo.

De súbito se produce un incidente. Amalia ha preguntado:

—¿Cómo se le ha ocurrido *de pronto* la idea de tener en seis meses un navío como el *Vengador*?

El capitán se ha estremecido visiblemente. Muy pálido bajo su antifaz, se ha inclinado hacia Amalia.



—En efecto, *de pronto...*—repitió—, de pronto fué como se me ocurrió esta idea del *Vengador*.

Y luego, dominando una emoción soberana, se recobró y empezó rápidamente a dar explicaciones... explicaciones técnicas, que explican un poco el submarino, pero que no le explican a él, al capitán Hyx.

—Figúrese usted que cuando se me ocurrió *de pronto* esa idea, busqué en Inglaterra, en Francia, en América, en el mundo entero "que todavía no es alemán" un constructor, el genial constructor de "mi idea del *Vengador*". En aquella época se hablaba mucho de Simón Lecke, el gran constructor de los navíos americanos de Bridgeport, el ingeniero e inventor al que sus amigos llaman hoy el nuevo Edison. Simón Lecke se hallaba entonces en posesión de un paquete de trozos de papel que representaban un valor de quince millones y llevaban las firmas del almirante Barandon (entonces jefe de Krupp Germania Werit), de Otto Extus (subdirector de la misma sociedad) y del vicealmirante von Treischke, su marido de usted, señora. Estos quince millones (en papel) representaban el precio de un invento que no se le ha pagado nunca. Respecto a esto, he aquí las declaraciones de Simón Lecke: "Recientemente he podido ver algunos submarinos alemanes, entre otros el V.-G., y fácilmente he podido darme cuenta de que exteriormente todos llevan los detalles del invento que yo estuve a punto de ceder al Kaiser. Mi superestructura flotante ha sido instalada en todos los submarinos prusianos y creo

poder afirmar que están provistos igualmente de ruedas creadas por mí que permiten al navío rodar por el fondo del mar y evitar de este modo las minas. Tienen asimismo mi omniscopio, mi departamento de buzos y mi hidroplano. Hace unos diez años había yo remitido a la casa Krupp, además de mis patentes, mis fotografías y mis planos cuidadosamente numerados, así como la lista de las patentes extranjeras. Los directores me dieron su palabra de honor de no divulgar nada. Más tarde, cuando yo protesté contra la no ejecución de los compromisos contraídos por el Kaiser, el jefe del negociado de patentes me contestó simplemente: "Le está a usted prohibido sacar patente en Alemania de nada concerniente a la guerra." Y así fué como se dejó incumplida la palabra dada y se rompió el papel que llevaba la firma de los representantes del Kaiser y del honor alemán..." Esos quince millones—continuó el capitán Hyx—fui a ofrecérselos yo mismo a Simón Lecke para que accediera a consagrar su genio a la realización de la idea que acababa de ocurrírseme *de pronto* respecto al submarino el *Vengador*. No puedo entrar en el detalle de las conversaciones que tuvimos a este respecto; pero cuando yo le dije, a condición de que guardara el secreto más absoluto, *de lo que se trataba en realidad*, aquel hombre honrado me dijo: "¡Se han hecho cosas mucho mejores después! En todo caso se está a punto de hacer cosas mucho mejores. ¡Vaya usted a ver a Edison!" Yo fui, pues, a ver a Edison, que empezó por declararme que traba-

jaba, en efecto, por resolver ciertos problemas submarinos, cuya solución, a su juicio, pronto había de hacer imposible toda guerra marítima. En consecuencia, añadió que si iba a buscarle con el propósito de hacer la guerra, podía irme con mis millones. Pero *si Edison es un gran pacifista, yo soy un gran filántropo*, y acabé por entenderme con uno de los principales ingenieros de su casa... Perdón, señoras; ¿quieren ustedes encender un cigarrillo?

Las damas aceptaron con presteza. En cuanto a mí, sentí que me ahogaba la frase: *¡el capitán Hyx un filántropo!*

## XVII

**Visión sobre el abismo.**

**A**QUELLO fué más fuerte que todo: no pude contener la palabra que, repelida por mi boca, estalló: ¡Un filántropo!...

Todos se quedaron mirándome. Yo sentía pesar sobre mí la irritación creciente de nuestro huésped. Esperé una réplica fulminante; pero no hubo tal cosa. El capitán Hyx, poniendo fin a la conversación, dió una breve orden a consecuencia de la cual el famoso tapiz de la Victoria de Ruyter se alzó como un telón, tras lo cual un maravilloso espectáculo desfiló ante nuestros extasiados ojos.

Acababa de hacerse maniobrar las planchas del casco del *Vengador*, y ya no estábamos separados de las profundidades submarinas nada más que por un inmenso cristal ovalado, contenido en potentes armaduras de cobre.

La electricidad había atenuado su resplandor en el salón, y el océano se nos apareció bajo la intensa irradiación de una luz prodigiosa.